

FRANCISCO PÉREZ PERDOMO Y LA METÁFORA DE LA PERSECUCIÓN

A Echnodio Quintero

Rafael Arráiz Lucca

La creencia según la cual un autor escribe un sólo libro se confirma con Francisco Pérez Perdomo. Quien con una antorcha en la mano se adentre en el bosque de sus libros comprobará lo que digo. Desde **Fantasmas y Enfermedades** (1961) hasta **El Sonido de Otro Tiempo** (1991) sus obsesiones, sus proceder, sus recurrencias temáticas están siempre presentes. El poeta se ha ajustado con tal firmeza a lo que forma el magma de su poesía que un lector desprevenido, que no le ponga atención a las fechas de edición, podría leer indistintamente su obra. Su evolución es casi imperceptible, y digo casi porque hay un matiz, un mínimo quiebre en el desvelo del poeta, del que nos ocuparemos más adelante.

Lo primero que salta a la vista para quien le tome el pulso a **Fantasmas y Enfermedades** (1961) es la influencia del insomne de Carúpano, José Antonio Ramos Sucre. En buena medida el poeta se afilia al elocuente linaje de Ramos Sucre, no sólo rindiéndole tributo en cuanto al buen decir del lenguaje sino a un recurso que, desde entonces, surge persistentemente en su poesía. Me refiero a la máscara. Desde su primer libro Pérez Perdomo apela a ese ardid con singular destreza. Como su maestro Ramos Sucre instala un juego de espejos para poder decir lo suyo con propiedad. Con frecuencia en sus textos habla un personaje

refiriéndose a sí mismo o a otros, pero es un personaje el que discute sobre las ocurrencias fantásticas de su pasado. También desde ese primer libro hasta el más reciente el poeta acude a una sola y gran cantera, su infancia en un pueblo andino. Desde el principio viene Pérez Perdomo lidiando con una suerte de posesión de los espíritus. Dialoga en las tinieblas con los vivos y los muertos hasta articular una suerte de credo: todo es un círculo en el que los fantasmas y los que no lo son se dan la mano. La realidad física y tangible se confunde con la incorpórea y la existencia se nutre de lo real y lo fantástico. Así es como Pérez Perdomo, como Ramos Sucre, la emprende contra la calamidad y la muerte hasta que alcanza un estatuto de convivencia con sus demonios. Convivencia nada pacífica sino altamente tormentosa:

"He aquí mi expiación
no soy dueño de la holganza de mis ademanes
Tú mandas
Soy tu esclavo monstruo fiel hermano
No hay tregua en tu amenaza
Tú me matas"

En verdad, el libro que Pérez Perdomo ha ido escribiendo a lo largo de casi cuarenta años parte de su lucha con la muerte y su batalla con los fantasmas. Es obvio que se trata de un forcejeo consigo mismo que encuentra expresión a través de su poesía. Pero no podemos olvidar que su obra es la de un lector. Sé, porque fuimos vecinos laborales y conversamos muchas veces, que el poeta es un lector incontrolable. Lee novelas con fruición, no le es ajeno el tema histórico ni el sociopolítico y le ha gustado adentrarse en el laberinto de la teoría y la crítica literaria. No puede extrañarnos la familiaridad con que entra en la escena.

Crítica literaria. No puede extrañarnos la familiaridad con que entra en la escena del poema tanto la referencia mitológica griega, como la fábula y los contenidos arquetipales. Allí están como trazando las líneas de un mapa.

Los venenos fieles (1963) es un poemario en prosa en el que la máscara del autor emprende un viaje interior. Unas veces cadáver otras espectro, el hablante va paseándose por un mundo de situaciones fantasmas como extraídas de una pesadilla. Con un lenguaje que no le huye a la metáfora surrealista el poeta dibuja las imágenes más absurdas y más terribles, enfrenta un diálogo consigo mismo hasta alzar lo que podría ser un emblema de su obra: la persecución. El poeta es un hombre acosado. El poeta es capaz de llevar al papel la crónica de su desesperación, de su propia destrucción, trabaja con los instrumentos y las expresiones del mal: venenos, asesinatos, sangre, babas, viscosidades, vísceras forman parte del exorcismo que se infringe el autor. Materias del sueño son las que inundan el poema. El poeta le abre la puerta a lo que no parece de este mundo y es así como le da vida a su tesis: avanzamos con nuestros muertos adentro, caminamos al lado de las sombras, el mundo es uno sólo hecho de la vida y la muerte.

En **Depravación de los astros** (1966) el poeta continúa su viaje. Cada vez más íntimo se aplica a auscultar el ritmo y el humor de sus fuerzas interiores. Siempre trabajando con la idea de ser un hombre poseído por designios ajenos, su obra con gran lujo verbal va dando cuenta de sus desvelos:

"Hacia la alta noche desperté confinado dentro de mi,

*tal vez para franquearme el paso se cerraban estrepitosamente
contra mi cara; las manos, las piernas y la piel invertidas;
los ojos vueltos hacia adentro y como absortos en la
contemplación de las frases maquinales, recurrentes,
los ojos exhumando de las paredes interiores un lenguaje de fuego,
una nueva álgebra delirante que centellea en mi cráneo
como un insecto mágico”*

Estos tres libros que hemos señalado son publicados en la década de los años sesenta y el contexto en el que se inició el poeta fue caraqueño. Perteneció a los grupos **Sardio y El techo de la ballena** y suscribió el proyecto estético y político que estos grupos sustentaban. La suntuosa prosa poética de estos primeros libros me remiten a otro autor contemporáneo del poeta y militante de los mismos grupos De esos años es un libro muy leído: **Cuadernos del destierro**. También en prosa y con similar poder en las imágenes Rafael Cadenas tocaba la puerta contigua a la de Pérez Perdomo. Con los años la importancia de los grupos como proposición estética va disminuyendo o creciendo dependiendo de la claridad del proyecto. Pero no cabe la menor duda del parentesco que tienen los libros iniciales de Pérez Perdomo y Cadenas. Entre las afinidades hallamos la aventura de indagación en el Yo. Ambos investigan sus propias naturalezas, se desdoblán, saben que una multitud de seres los habitan. Ni **Huéspedes Nocturnos** (1970) ni **Ceremonias** (1976) escapan a este propósito. Por el contrario, a partir de ellos el espacio donde ocurre el poema de Pérez Perdomo se va concentrando en el pueblo de la infancia. Su poesía, a

medida que avanza su único libro, va haciéndose cada vez más con los elementos de la niñez, se nutre de la evocación, reconstruye sus primeros años. También en esto Pérez Perdomo con su obra confirma una tesis muy difundida: el universo de un creador es su infancia. Como el poeta colombiano Álvaro Mutis y su tierra caliente, como Vicente Gerbasi y Canoabo, como Ramón Palomares y Escuque, nuestro autor va como en un círculo acercándose a sus orígenes. En **Círculo de sombras** (1980) afirma:

*"Soy de aquí, usted lo sabe,
aquí nacieron y murieron
mis antepasados,
entre estos cerros
ahora áridos y estos cactus,
entre estos horizontes sostenidos
cada día y para siempre,"*

En **Huéspedes nocturnos** (1970) el autor va como despidiéndose de la prosa y se acerca al verso, al punto que sus libros más recientes olvidan totalmente la prosa. Es así como cierta música, cierto tono se va apoderando de los gustos del poeta. A la par va abriéndose espacio el recurso confesional en primera persona. Antes, como hemos señalado, la máscara cundía en su poesía, ahora asoma cada vez más la voz desenmascarada del poeta. Además esto ocurre junto con un despojamiento cada vez mayor de la imagen imposible y de lo fantástico. No se trata de la desaparición de lo maravilloso, no, lo que ocurre es que esto se expresa más abiertamente, buscando las imágenes más claras. Es

como si el pueblo abstracto, universal y suspendido fuese cada vez más nombrado y precisable. Frute acabado de este intento es **Círculo de Sombras** (1980) donde en el poema que da título al libro se comete un arte poética. Lo transcribo completo dado su poder esclarecedor.

*"No es para mí la vida
una rigidez geométrica,
una fórmula, una costumbre
rigurosamente aceptada, una página
que se sucede día y noche
con su escritura infinita
y monocorde,
no, la vida es un remolino,
un vértigo de los contrarios
que se producen sin cesar, una
contradicción que se alarga
más allá de sí misma
y se flagela
con sus enormes látigo,
me hunde en el vacío
y luego me rescata
para fundirme de nuevo
en mi cerrado círculo de sombras".*

Pero la luz que alcanza el poeta plenamente en este libro no se apaga. Por el contrario, en **Los ritos secretos** (1988) se expande aún más hasta encallar en las cosías de lo confesional. Extrañamente, el poeta que se inicia enmascarado de pronto habla de sí mismo diciendo:

*"Francisco me nombran,
esa es mi gracia
y soy de estos lugares, "*

Ya no sólo blande un nombre sino que hace explícito un orgullo de pertenencia. Pertenece a un pueblo y se mira a sí mismo en ese contexto. Dibuja su autobiografía como la clara luz del atardecer que acaricia los techos de las casas andinas, pero no abandona su estremecimiento, sus demonios que lo corroen, lo movilizan y lo postran. En **Los ritos secretos** encuentro sus mejores poemas. No sólo el citado "*Ese es mi nombre*" sino también "*Una idea*", "*Aquellas imágenes*", "*Largas horas*", "*Teatro*" y "*Abre los ojos*". Creo, apelando a la arbitrariedad del gusto, que es su mejor libro. Hallo en él la mayor profundidad junto con el lenguaje más prístino. Creo que alcanza, aquí la mayor lucidez sobre los temas que lo obsesionan. En el fondo, su único libro está constituido por variaciones sobre unos temas que no lo abandonan nunca. En este momento estamos ante una de las obras más ajustadas y coherentes de la poesía venezolana. Al mismo sujeto a objeto Pérez Perdomo se la ha acercado desde todos los ángulos posibles, pero siempre erizado, hirsuto, sacudido. Su obra, en buena medida, se irgue como un expediente sobre las rugosidades del alma, sobre sus facetas más terribles, menos razonables. Su poesía está como alzada sobre la materia del inconsciente sobre la que el hombre no ejerce ningún

arbitrio. Es una poesía de las profundidades de la psiquis donde se da la mayor batalla entre el bien y el mal, la luz y la sombra. Estamos ante una de las obras que con mayor insistencia y pertinencia se ha propuesto *convivir* con sus fantasmas, con las fuerzas oscuras que no sabemos a que designios responden. Por eso esta poesía más que leída debe ser aullada o susurrada con el mayor sigilo para no despertar a las fieras que nos habitan por dentro, el mínimo matiz al que aludí al comienzo de estas notas se expresa en **Los ritos secretos**. Es curiosamente, un libro que ilumina sus poemarios anteriores porque logra esclarecer la poética de Pérez Perdomo, pero, por supuesto, no me estoy refiriendo a una suerte de explicación de su proyecto estético. Lo que intento decir es que en este poemario esplenden con mayor claridad sus ejes temáticos y su elocuencia. Presiento que funcionará como una isla llena de luz donde los navegantes pemoctan conciliando el sueño. Con su más reciente poemario, **El sonido de otro tiempo** (1991) Pérez Perdomo viene a reconfirmar sus obsesiones y se aplica especialmente en su universo hogareño de la infancia. Vuelve sobre sus fantasmas, su pueblo, sus personajes. Fiel a sí mismo, como en un **Círculo de sombras**, el poeta trabaja su remolino, su propia persecución bajo la luz de la luna